

ENTREVISTA CON EL **YACHAY**

Blithz Lozada

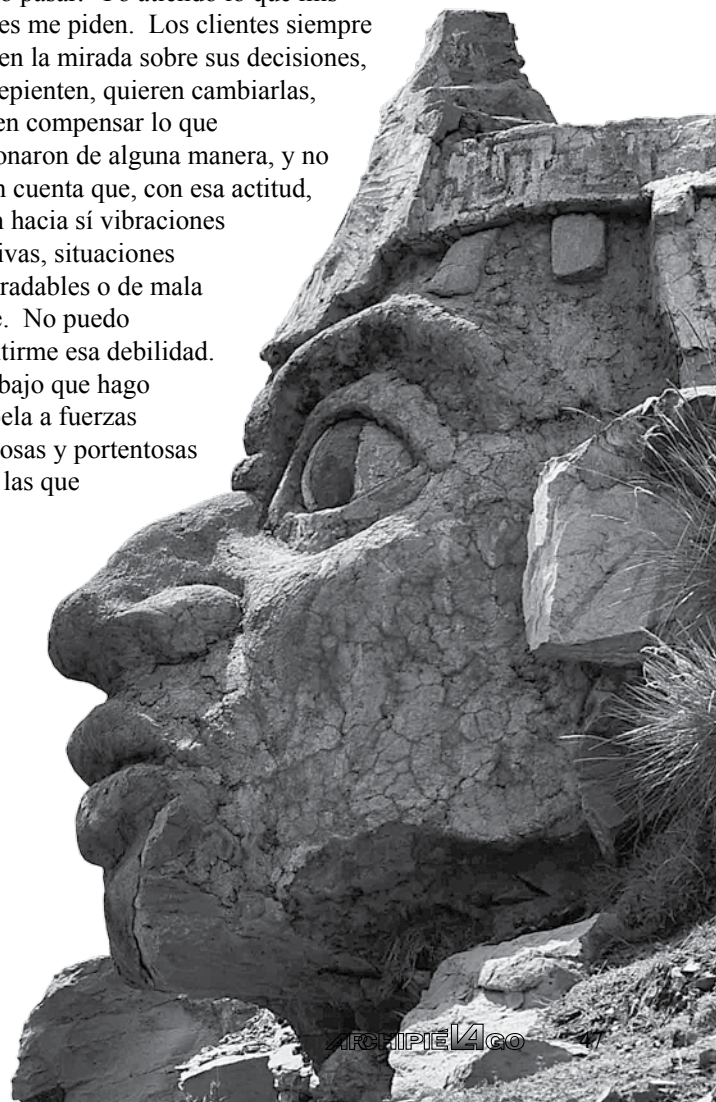
“¡Nunca debes tener complejo de culpa!”. “¡No debes sentir que lo que haces está mal!” Así se expresaba Yuri mientras me hablaba con un tono pausado y semi-sonriente. Inmediatamente agregó: “Ése es el secreto de toda magia, no sólo del mundo andino, sino de todas partes, incluida la magia europea”. Yo pensé, “entonces, el mago, el *yatiri*, el *yachay*, el *mediador* o como se llame, si lo es *de verdad*, tendría un conocimiento esotérico y profundo, sería detentor de un saber secreto y críptico. Existiría un saber que orientaría su voluntad de manera consciente e intencional: saber acerca de que está vedado de *atraer* las vibraciones del ser que el complejo de culpa podría imantar”.

“Pero, ¿de qué estamos hablando?”, inquirí: “A ver, pongámonos de acuerdo. Tú me contaste una vez que fuiste al mismo tiempo, cliente y oficiante. Me dijiste que te quejaste a los *uywiris*, a los *apus*, a los *mallkus*, y seguramente, al Sereno, que eras víctima de la discriminación; que fuiste maltratado, subestimado en tu inteligencia y en tu aptitud académica para el estudio filosófico por una persona a quien considerabas *racista*. Recuerdo que me dijiste que fuiste más allá del Pajchiri, hasta los recónditos y poderosos lugares *saxra* de Potosí, y que allí, en medio del terror que te acechaba, expusiste tu pena y escribiste el nombre de la persona que te maltrataba. Ahora bien, dime, cuando indicas que no se debe tener remordimientos de conciencia, que lo que se hace en el nivel sagrado, no debe implicar un lastre en la mente, ¿a quién te refieres? En tu caso, ¿cómo se aplica, hablas de ti como *cliente* o como *oficiante*?”.

Yuri me miró como buscando adivinar el sentido de mi pregunta, pero no para responderla —ya sabía la respuesta por anticipado—, sino para descubrir en mis ojos y mis gestos la intención que me guiaba, para ver qué mostraban mis palabras y para saber si escondían alguna actitud que él, intuitiva e instantáneamente, adivinaría. Con presteza me respondió: “Como ambos. Yo era cliente y mediador, era víctima y era *yachay*. Pero cuando interpelé a las entidades, como tú sabes, ésas que algunos llaman habitantes del *manqa pacha*, no podía ser cliente, debía ser mediador, debía resplandecer de energía y ser capaz de subordinarlas, de mandarlas y de someterlas a mi voluntad. Cuando te digo que no se debe tener ningún

cargo de conciencia, me refiero al secreto de los magos y de los *yachay*. No pueden doblegar a los demonios si creen que lo que hacen está mal, si creen que no deberían, si después van a decirse a sí mismos *no debía hacerlo*”.

“Pero tú no haces ningún daño... Nunca has proferido maleficio alguno contra alguien, ¿o me equivoco?”, repliqué. “Lo que he hecho no me provoca ningún análisis sobre si estuvo mal o que yo no debía hacerlo”, me respondió. “Es más, como *yachay*, perdería mi poder, no sería capaz de adivinar el futuro ni de hacer lo que considero justo, si después creería que no debía hacerlo... que debía reprimirme, perdonar o dejarlo pasar. Yo atiendo lo que mis clientes me piden. Los clientes siempre vuelven la mirada sobre sus decisiones, se arrepienten, quieren cambiarlas, quieren compensar lo que ocasionaron de alguna manera, y no se dan cuenta que, con esa actitud, atraen hacia sí vibraciones negativas, situaciones desagradables o de mala suerte. No puedo permitirme esa debilidad. El trabajo que hago interpela a fuerzas poderosas y portentosas sobre las que debo



erguirme y mandar. No caben los remordimientos. Cuando ingresé a la caverna de Potosí, dejé de ser el cliente, víctima del racismo, y comencé a ser el *yachay*, capaz de precipitar lo que ya sabes que pasó...”

“¿La muerte es inevitable?, querido Yuri”, pregunté apresurado, para no dejar escapar esa idea que me aguijoneaba. “O mejor”, añadí: “al saber algo del futuro, ¿acaso no tienes cierto poder para cambiarlo?, ¿acaso adivinar en coca como hacen ustedes, o leer la baraja española con el arcano mayor del tarot, no implica tener cierta ventaja sobre lo que va a pasar y, por lo tanto, al menos, atenuarlo...? Dime, ¿si tú vieras que, por ejemplo, la muerte ronda alrededor de mi existencia, me lo dirías? ¿Dices todo lo que lees a tus clientes?” Me di cuenta de que eran muchas preguntas, que la ansiedad me asaltaba y que mi deseo de obtener respuestas motivaba hasta que pierda de vista la necesidad de reflexionar sobre las palabras de Yuri...

Él con calma me dijo: “Mira, hay dos tipos de destino, el destino *inevitable*...” “Por ejemplo, la muerte...”, le interrumpí. “Podría ser...”, me respondió, y agregó, “pero no necesariamente, la muerte es un proceso. El *yachay* o el mago pueden acelerar el proceso, pueden incidir para que se resuelva antes o pueden ralentizarla. Igual se ha de dar...”. “¿Entonces, es un destino *inevitable*?”, le pregunté ansioso... “Sí, en general”, me respondió, “salvo que se trate de algún maleficio intencional”. Prosiguió: “Recuerdo que una vez, una cliente me pidió que viera su situación. Lo mismo *salió* en coca y en las cartas... Yo supe que ella había embrujado a su marido, pero ella no quería admitirlo, tal vez por vergüenza o tal vez por temor. El asunto es que no quería reconocer lo que hizo. Después de insistir mucho, lo confesó. Yo descubrí que la bruja que hizo el trabajo había cometido un error. Hay varios métodos, por ejemplo, en este caso se trataba de amarrar al marido a la mujer, porque tenía una amante y la mujer quería que la deje. La bruja cosió su fotografía, pero entre las puntadas que hizo, se le fue la mano. Entonces le produjo un mal grave al marido. La misma esposa no sabía qué pasaba. Si bien poco tiempo después dejó a su amante, enfermó. Fueron a varios médicos y nadie supo qué tenía. En verdad, es imposible diagnosticar estos males y no existe la posibilidad de sanarlos. Así que cuando vino la mujer donde mí, descubrimos lo que pasaba y ella lo confesó. Entonces, yo le dije: *vaya donde la bruja y desate lo que hizo*. Así fue, y el marido que estaba al borde de la muerte, sanó”.

“¡Qué interesante!...”, le dije. “Entonces... si la muerte no es provocada por interferencia humana, si no hay una acción *saxra* de un *laica*, de un *chamaqani* o de un *yachay*, es decir, si no se da la intervención de alguno de ustedes, ¿es un destino inevitable?” A esto me contestó: “*Inevitable* quiere decir en estos casos que sólo se puede adelantar o retrasar, pero no cambiar. Hay otro destino que es *alternativo*. Y aquí radican, por ejemplo, algunas diferencias con el cristianismo”. “Dime, por favor”, volví a interrumpirlo. “Ya te he explicado”, continuó, “que el secreto de la magia consiste en evitar toda

actitud o gesto que atraiga una disposición negativa de lo que rodea. El *yachay* debe tener una actitud humilde ante la *pacha*, pero no tomarla como un designio de algo que indefectiblemente va a suceder. Si muestra, como tú has tratado en alguno de tus libros, ciertos gestos de ofrenda y de fe, si cree en lo que está haciendo y quiere atraer para el cliente la buena suerte deseada, para lograrlo, debe saber que puede influir sobremanera para que alguna de las alternativas de lo que podría suceder se realice. En esto también hay una diferencia importante entre el mundo andino y el mundo occidental, o mejor, con el cristianismo. Tú sabes que la concepción del pecado está orientada a crear complejo de culpa, remordimiento y rechazo de uno mismo. El hombre andino no es así, menos nosotros los *yachay*, como dije, no tenemos remordimientos de conciencia de ningún tipo. Pero, además, sabemos que podemos influir sobre lo que va a pasar, sabemos que hay una parte del orden del mundo que tiene como caminos posibles, alternativas de recorrido, algo así como lo que dice la física actual sobre los mundos paralelos... Nosotros, según la voluntad del cliente, influimos para que alguna de las alternativas de lo factible, tenga mayor peso en el juego que se da entre lo posible y lo que efectivamente se realiza. Así, los ritos, las ofrendas, las *mesas*, las *curaciones* o como quieras llamarlos, tienen una función de intervención en el juego de las posibilidades del destino alternativo, redundando para que se haga explícito y tenga mayores probabilidades de realizarse, lo que el cliente quiere que sea y por lo que nos pide que hagamos el trabajo”.

Admirado por la profundidad de sus respuestas, demoré en reaccionar. “Bueno... entiendo”, le dije, pero pensé, “hay tantas cosas, ¿por cuál sigo?” Me decidí rápidamente: “A ver Yuri, supongamos que tú lees las cartas para mí y descubres que la muerte ronda en mi vida o mi hogar, ¿me lo dirías?, esa pregunta no me respondiste”. “Mira”, me dijo, “tú y yo somos amigos, hay cariño entre nosotros, entonces, ¿qué crees? Hay situaciones en las que yo hablo. Frente a un cliente que no conozco personalmente, puedo decirle, si por ejemplo noto que esa respuesta le va a aliviar. En algunos casos, la muerte es un alivio –frente a una enfermedad terminal por ejemplo–...” “Dímelo a mí”, volví a interrumpirlo. “Pero, en general, a un desconocido no se lo diría”, continuó. “En tu caso, siendo amigos, lo decidiría en el momento”. “¿Cómo decides?” repliqué. “¿Ves mis gestos, haces una inspección psicológica rápida de mi situación afectiva o emocional, intuyes lo que vas a hacer simplemente de modo directo e instantáneo, te lo dice la coca o las cartas que lees?, ¿cómo es?” “En verdad”, enfatizó, “lo siento, lo intuyo, algo me lo dice desde dentro y sé lo que debo hacer...” “Bueno”, terminé, “por favor, ten en cuenta que a mí me gustaría saberlo, y que pese a que alguna vez me viste ansioso por conocer el futuro, creo tener la madurez suficiente para entender que hay límites en lo que se puede saber y lo que no se debe intentar cambiar”.

“No te preocupes”, me dijo. “Tengo clientes en verdad, muy ansiosos. Algunos me llaman y me entrevisto con ellos no sólo dos, sino tres y hasta cinco veces al día. ¿Sabes?,



adivinar el futuro es algo complejo y delicado. Primero debo tener la fortaleza psíquica para reconocer sobre qué debo hablar y qué temas debo callar. Segundo, al decirles lo que va a suceder, o según el caso, el destino *alternativo* que podría acontecer, eso crea situaciones muy paradójicas. Muchos de los que me buscan están desesperados. Su fe religiosa se ha debilitado y tampoco creen en las técnicas de la modernidad: la razón o el psicoanálisis. Buscan algo postmoderno. Nosotros los andinos somos extremadamente *postmos*. No sólo coincidimos con hipótesis como la de los universos paralelos de Stephen Hawking, sino que asumimos que todo vale, que la adivinación es tan verdadera como cualquier disciplina científica, y que el destino —es decir, la vida— es una fragua de alternativas latentes que arden con diferentes variables. Fragua donde se moldea una serie de concatenaciones de acontecimientos posibles y aleatorios sobre los que podemos influir, sólo hace falta creer en esa capacidad humana de relacionarse con lo sagrado. Pero debes saber algo... Cuando mis atolondrados clientes quieren saber si lo que han hecho ha influido para dar lugar a alguna serie de acontecimientos, cuando se apresuran a obrar, generalmente en temas relacionados con el amor, entonces buscan una y otra adivinación. En esos casos, debo decirte que ver el futuro ya no resulta... Yo no me niego a ver una y otra vez lo que dice la coca, o lo que interpreto de las cartas o de algún otro medio, como el cigarrillo, por ejemplo. Pero, lo que les digo, yo sé que ya no es algún destino *alternativo*. En verdad, después de insistir demasiado en conocer e influir sobre la suerte, termina bloqueándose la comunicación con el tiempo probable que retorna, lo que es sagrado se mezcla con lo profano, se hace confuso, y no se hace manifiesto ningún destino *alternativo* expectable. Todo sale mal...”

“O sea”, respondí, “es necesario tener respeto por el orden alternativo del destino que las grietas del tiempo permiten que ustedes vean. Es necesario respetarlo para que, además,

sea posible influir en él. Es necesario conocer las alternativas de futuro y no precipitarse a querer moldearlo, digamos *a la carta* e instantáneamente. Lo que he estudiado y he escrito al respecto me muestra que la actitud andina con respecto a lo sobrenatural requiere de esa paciencia imprescindible y de la distancia con el libre fluir de las cosas, que aunque no estén determinadas en cuanto a lo que va a suceder, tampoco las alternativas de los mundos posibles o paralelos son infinitas. ¿Qué dices?” Después de una corta pausa, “así es”, me respondió. Me sentí contento de poder conceptualizar y expresar verbalmente contenidos que Yuri los tenía como fundamentales en su visión del mundo.

Proseguí: “Dime querido amigo, ¿cómo te convertiste en *yachay*?, ¿se trata de un destino *inevitable* o de *alternativas* en el destino de tu vida? ¿Podrías tal vez contarme de nuevo esa impactante narración del rayo que te cayó dos veces? ¡Ah!, pero antes, déjame decirte algo. He hecho algunas pesquisas sobre tu nombre. Claro, al final, en casos como éste, el Internet es la salvación. Tengo algunos libros sobre el significado de nombres, y en ninguno está el tuyo, tal vez por el origen ruso. Bueno, tú sabes lo que significa *Yuri*... Significa el agricultor emotivo y clarividente. Una bonita metáfora sobre tu nombre. Me sugiere la idea de que tú siembras para que tus clientes cosechen buenos frutos, tú echas las semillas para que, como se cultiva una planta, los clientes opten por cuidar, regar, limpiar y nutrir, lo que quieren que dé frutos; y tú permites que esto suceda porque eres clarividente, esto es, quien ve con claridad los destinos *alternativos* de los demás, ¿qué tal? ¡Ah!, pero hay más. Gracias a la magia de *Google*, sé que tu nombre refiere *quien ama lo oculto, lo que es y lo que puede ser*, y que te gusta sentirte admirado. Amas todo, te expresas con jovialidad, amenidad y prodigalidad. Creo que esto es en tu caso, tal cual. Conozco, aunque no mucho, tus múltiples relaciones amorosas, admiro que pese a la adversidad, siempre muestras



jovialidad, eres ameno y tienes la madurez necesaria para ser pródigo, para regalar a los demás, en especial a las chicas – ambos sonreímos– lo mejor de ti mismo. Las otras características de tu nombre también te son plenamente atribuibles: amas la dignidad, eres original, y piensas que las cosas deben realizar su ser o lo que podrían llegar a constituir, siempre con miras al presente y al futuro. Bueno, disculpa por hablar tanto, como sabes esta entrevista a la que accediste con tan grande gentileza y con tan buena actitud, es para que tú, y no yo, hables. De cualquier forma te mostraré el texto antes de que lo publiquemos y si cometo indiscreciones o cualquier otra infidencia o error, por favor, corrígeme. Al final, trata de ti. Bueno, háblame de tu conversión”.

“Como te conté antes”, me respondió Yuri, siempre con tono pausado, dueño de sí mismo y con un gesto afable y un tanto locuaz sobre lo que sentía que debía decirme, “yo fui tocado por el rayo dos veces. ¿Recuerdas?, inclusive te mostré mi marca en la espalda”. Asentí con la cabeza. “Creo que ser *yachay* es un destino inevitable. Es mi destino necesario y me siento bien por eso. Debo decirte que yo estudié mucho. No sólo estudié filosofía en la carrera de la universidad pública. También estudié budismo, el pensamiento y la cultura de los monjes lamas y de los hare krishna. Así, se dieron en mi vida circunstancias realmente especiales que ahora me ratifican lo indefectible de mi destino. Como sabes, ni ahora ni antes dispuse de dinero, y lamentablemente, para todo se lo requiere, inclusive para pasar esas clases más comerciales que otra cosa, en instituciones como Hastinapura. Bueno, pese a la falta de recursos económicos siempre tuve la suerte de formarme con muy buenos maestros. Desde niño leí algunos libros, esos de magia occidental que se titulan *Magia blanca* o *Magia negra*, lo mismo que *El libro de san Cipriano*. Recuerdo que allí encontré el procedimiento para capturar estrellas. Bueno, después de varios años de estudio, de iniciación y de práctica, después de varias semanas de ayuno, hice el rito y aunque no lo creas, me resultó: capturé algunas estrellas. Pero, para estar seguro de que no era un autoengaño psicológico, lleve a un niño aymara a una *apacheta* en la cordillera donde el cielo se abre y se puede llegar a las estrellas. El niño me dijo que lo que vio fue que yo estaba cazando las luces del cielo. ¿Qué te parece? Y así. En otra ocasión, tuve la suerte de conocer a los maestros Shao Lin del Tibet, entre ellos a una mujer, que, aunque no me creas, huyendo de la dictadura china, vinieron a dar a Bolivia. En fin, fueron demasiados signos para dudar de que mi destino *inevitable* e insoslayable fue, desde siempre, ser lo que ahora soy, un *yachay*”.

“También debo decirte que desde niño hice prácticas adivinatorias, motivado por distintas influencias familiares. Es decir, el mundo andino, sus secretos y sus ritos, pese al rayo y la vivencia con distintos amautas y *yatiris*, particularmente de habla quechua, fue algo relativamente tardío en mi vida, y aunque tú me veas ahora buscando desde hace meses la forma de difundir y formar a las nuevas generaciones de sacerdotes andinos, propósito frente al que siempre encuentro grandes e

insuperables obstáculos para lograrlo, creo que mi destino es ver el futuro, influir en el orden de las cosas de los demás y contribuir a que el mundo sea un lugar de mayor justicia y equidad para todas las personas. Mi queja como cliente sobre la persona que murió hace algunos años, respondió a lo que yo consideraba que era justo hacer en ese momento y sobre lo que, inclusive como cliente de mí mismo, no tengo ningún remordimiento. Si tú has captado que soy capaz de ver con claridad lo que puede pasar, si tú sabes que lo que leo donde sea es una intuición profunda y espiritual que considera también la situación de quien me consulta, entonces vas a entender que lo que hago es lo que en verdad, *debo hacer* y me realiza”.

“Gracias, querido amigo”, respondí. “Hay sólo algo más que quería que me aclares: Tú me dijiste en algunas ocasiones que sólo realizas ritos que purguen los maleficios, que limpien los insanos deseos de maldad de la gente que responde afectivamente a sus propias emociones, no sólo deseando el mal a otros, sino inclusive encargando trabajos para infligirlos; asumiendo esas premisas de lo que yo llamaría una moral de sacralidad, ¿no crees que al cargar tú un peso tan gravoso, al aceptar un destino tan exigente como ser el clarividente de tu entorno, no es demasiado el costo que debes pagar? Por ejemplo, sabes que en el mundo andino –aunque también en otras culturas, yo lo vi en El Cairo por poner un caso–, se considera que sólo las personas que tienen un defecto ostensible, como la columna adusta por ejemplo, pueden adivinar el futuro. ¿No sientes que parte de tu energía, de tu vida, parte de ti se dispersa, se pierde y en definitiva, es el costo que tú pagas por ver con claridad el presente y el futuro de los demás? A lo que hay que sumar las dificultades que envuelven tu realidad actual, que es la que yo conozco de manera muy general por cierto; es decir, ¿el cosmos, el ser, el orden universal de las cosas no es demasiado exigente con personas como tú, a las que se les ha provisto de alguna cualidad sobrenatural pero a muy alto precio? ¿por qué lo aceptas?”

Yuri terminó diciéndome: “Hay cosas que lo eligen a uno, y no es uno quien puede elegirlas, mucho menos evadirlas”. La entrevista terminó con los agradecimientos de rigor aunque en medio de cierta premura, porque ya era hora de que yo dé una conferencia sobre la formación filosófica en los seminarios católicos. 

Blithz Lozada. Boliviano, ha realizado estudios de Filosofía, Economía, Ciencias Políticas, Educación y Gestión de la Ciencia y la Tecnología. Fue director del Instituto Normal Superior Simón Bolívar, del Instituto de Estudios Bolivianos, del Departamento de Investigación, Postgrado e Interacción Social y del Departamento de Relaciones Internacionales de la U.M.S.A. Actualmente es docente de postgrado y pre-grado. Ha publicado dieciséis libros, entre los cuales cabe citar *Sugerencias intempestivas* (1º premio de la EXPO-UMSA 98); *Democracia, pactos y elites*, con Marco Antonio Saavedra; *Foucault, feminismo, filosofía...* que incluye su investigación efectuada en Duke University; *La formación docente en Bolivia*, auspiciado por la UNESCO; *Bases para un sistema de gestión de la investigación en la U.M.S.A.*, con Gonzalo Taboada; y *Cosmovisión, historia y política en los Andes* (premiado con la Faja de Honor al Mérito Cultural otorgada por la Vicepresidencia de la República). Fue integrante de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana. Es Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua.